

## I. FILOSOFÍA CONSCIENTE VS. MANIPULACIÓN INCONSCIENTE

La vida no tiene precio, pero tiene su costo. Nos enfrentamos ante severas opciones intelectuales y vitales. En la filosofía también hay alternativas abiertas. Si no se toma la senda adecuada, dejan de tener sentido las propuestas más difíciles y comprometedoras del resto de la síntesis de la sabiduría clásica, que presentamos en esta pequeña obra para inconformistas. Existe la alternativa entre hacer una filosofía consciente y asumir una filosofía inconsciente; la opción entre ser un jurista que va al fondo de los asuntos o uno que se limita a repetir las leyes;<sup>4</sup> se ha de escoger entre el realismo metafísico, que procura adaptar la mente a una realidad que está ahí, esperando nuestro conocimiento, y la postura básica del idealismo gnoseológico, que piensa que la verdad consiste en la adaptación de nuestra mente a unos objetos que ella misma produce,<sup>5</sup> y así sucesivamente, en relación con otras opciones que se nos presentan tanto en la vida como en la filosofía. Consciente o inconscientemente, el lector ya ha tomado muchas de estas opciones y, en ese sentido, estos capítulos iniciales son una invitación a confirmar o a revisar qué tan sabias fueron esas decisiones, adoptadas quizá de manera menos consciente, menos informada y por eso menos libre de lo que sería deseable. Las primeras opciones metafísicas se hacen cuando se comienza a usar la razón, normalmente cerca de los siete años, aunque algunas personas particularmente dotadas se *abren al ser*, a la realidad, incluso antes. Santa Teresa del Niño Jesús recuerda sus primeros actos de uso de razón, que fueron como a los tres años de edad, más o menos.<sup>6</sup> También murió muy jovencita, así que, si nosotros nos atrasamos un poco en despertar al uso de la razón, no nos preocupemos: quizá vamos a vivir un tiempo más largo para compensar nuestra lentitud y la tibieza o el

---

<sup>4</sup> Cfr. *infra* cap. II.

<sup>5</sup> Cfr. *infra* cap. IX.

<sup>6</sup> Cfr. Santa Teresa del Niño Jesús, *Historia de un alma*, p. 25 y Van der Meersch, Maxence, *Santa Teresita. Vida de Teresa de Lisieux, doctora de la Iglesia*, trad. de Manuel Morera Rubio, Madrid, Palabra, 2003, p. 11.

error inicial de nuestras opciones, y para dar el fruto bueno con paciencia, en el plazo más largo —no lo sabemos— que Dios quiera concedernos.

Recordemos la historia de ese hombre —es una anécdota muy conocida—<sup>7</sup> que va por los alrededores de una cantera y encuentra a un trabajador y le pregunta: “Usted, ¿qué está haciendo?”. Y él contesta: “Pero, ¿cómo, que no lo ve? Estoy picando piedra, ¡esto es lo que se hace en una cantera!”. Va después y le pregunta a otro: “Y usted, ¿qué está haciendo?”. Y este responde: “Estoy labrando un sillar, es decir, trabajo en los fundamentos de un edificio”. Aunque materialmente estaba haciendo lo mismo, su visión era más profunda. En tercer lugar, el visitante se encuentra con otro picapedrero, y le pregunta: “¿Qué está haciendo usted?”. El último afirma, con un tono pleno de alegría y de sentido: “¡Yo estoy construyendo una catedral!”. Estaba haciendo lo mismo. Entonces, ¿qué es lo que cambia? Es otra la visión, la profundidad, la conciencia de sí mismo en el marco de un orden que le trasciende. Es otro el sentido y la amplitud del horizonte vital.

En cambio, tiene un sabor contrario esa historia, que contaba Ronald Dworkin, del que encuentra a una pareja en el Metro. La muchacha llora desconsoladamente. Su novio la toca en el hombro, la abraza tiernamente y trata de consolarla. “Vamos”, le dice, “no te entristezcas: sé filosófica... ¡no pienses más en eso!”. Esa es la visión pragmática de la filosofía: filosofar es no pensar más en las cosas, tomárselo todo como viene, mantener la serenidad a fuerza de evadirse de la dureza de la vida. En cambio, la filosofía de verdad —la opción que propongo para comenzar a abrir la mente— es justamente lo contrario: es pensar acerca de las cosas, enfrentar los problemas con la cabeza, de frente, incluso si alguna vez tenemos que llorar.

A la vista de tales incomprensiones, intentemos comprender qué es la filosofía. Así, veremos que todos los hombres somos, por naturaleza, filósofos. Por eso propongo, finalmente, una opción radical a favor de la filosofía consciente y reflexiva.

Se atribuye a Pitágoras el que, cuando alguno de sus discípulos le llamaba sabio (*sofós*/σοφός), él replicaba que no lo era, sino que era sólo filósofo (*filos-sofós*/ φίλος-σοφός).<sup>8</sup> Si la verdadera sabiduría es el conocimiento profundo de todas las cosas, yo no la poseo: ningún humano la alcanza jamás. Sí podemos ser, en cambio, amigos de la sabiduría. Las palabras griegas *filía* (φιλία) y *sofía* (σοφία) significan, respectivamente, amistad, amor de amistad (desinteresado) y sabiduría. El filósofo es el amante de la sabiduría, el ami-

<sup>7</sup> Cfr. Melendo, Tomás, *Introducción a la filosofía*, Pamplona, Eunsa, 2004, p. 17.

<sup>8</sup> Cfr. Millán Puelles, Antonio, *Fundamentos de filosofía*, Madrid, Rialp, 2009, p. 15.

go desinteresado, el que se goza en acercarse y en contemplarla, aunque nunca llegue a poseerla del todo. Hay muchos tipos de amor. Hay un amor de utilidad: yo quiero algo o a alguien por el beneficio que me reporta, y, cuando deja de proporcionármelo, lo desecho. Hay también un amor de placer: quiero algo o a alguien porque lo disfruto o me lo paso bien con esa persona, pero, cuando ya dejo de pasarlo bien, ¡a otra cosa! Hay, en fin, un amor de amistad, en sentido estricto, que es un amor desinteresado. Los seres humanos mezclamos todas estas cosas. Para nosotros es muy difícil tener un amor de amistad pura, en el que no se mezcle ningún interés. Y es que somos seres contingentes, limitados; por lo tanto, siempre estamos buscando algo que nos complete, que nos satisfaga, que colme nuestra indigencia. Sin embargo, también tenemos esa tendencia, esa tensión hacia la donación, hacia lo desinteresado, y eso es lo que expresa más la palabra amistad en su sentido fundamental. Sé que estas líneas pueden provocar una tristeza, una nostalgia del amor verdadero; pero hay esperanza, si optamos por la vida filosófica: abierta a la verdad, empeñada en el bien, fiel a la belleza, desinteresada y serena.

La sabiduría en el ser humano siempre es limitada, siempre puede crecer; por lo tanto, esta expresión de humildad de Pitágoras —ese saber que no es sabio, pero sí que es amigo de la sabiduría y que la busca— refleja lo que todos los filósofos posteriores aceptaron como natural: ¡qué incómodo es para una persona que la consideren sabia! Es un pecado contra la filosofía creerse sabio, ufanarse o engrairse por los propios supuestos logros intelectuales. Le sucede al revés a los grandes científicos, que, mientras más progresan en el conocimiento, más líneas nuevas de investigación se abren hacia lo desconocido; por lo tanto, mientras más saben realmente —conocen la verdad—, más conscientes son de la amplitud de los límites de todo cuanto se sabe y cuánto es lo que sabemos que no sabemos. Si se me permite la comparación, una persona que está encerrada en una habitación pequeña puede creer que eso es lo único que existe; pero, si sale a una casa donde hay varios pasillos, se da cuenta de que en realidad hay mucho que explorar. Un niño quizá conoce un día toda la casa y sale al jardín y se da cuenta de que, en realidad, hay mucho más todavía que explorar. Y así sucesivamente. La filosofía es ese amor a la sabiduría por sí misma, no por la utilidad que pueda proporcionarnos, no por el placer que pueda prestarnos, sino por sí misma. Esta convicción fundamental sobre el valor superior de la filosofía —porque es inútil— no se opone a reconocer la utilidad que, secundariamente —*per accidens*, como dice el lenguaje más preciso de los filósofos—, nos presta el conocer bien la filosofía. Tampoco se opone al placer, sino so-

lamente a que el placer sea el motivo fundamental de la búsqueda filosófica. De hecho, los gozos del intelecto son los más altos que existen, y el cristianismo cifra el fin último de toda criatura racional en la visión de Dios, cara a cara, que redundaba en el máximo gozo intelectual.<sup>9</sup> De la verdad buscada por sí misma, y no por el gozo derivado de poseerla, y de Dios amado por sí mismo, y no por la alegría de contemplarlo, se derivan paradójicamente los más altos gozos y las más profundas alegrías como un fruto maduro: *gaudium de veritate*.<sup>10</sup>

Aristóteles abre su *Metafísica* así: “Todos los hombres desean por naturaleza saber”.<sup>11</sup> Después va mostrando cómo se manifiesta este deseo natural de saber, por ejemplo, en el agrado de los sentidos, en la adquisición de experiencia, y, por encima de la experiencia, en las distintas artes o técnicas, y, por sobre las artes, en las ciencias, y, en fin, entre todas las ciencias y por sobre ellas, en una que investiga los principios más profundos, que es la metafísica. En el punto de partida, que finalmente arriba a la metafísica, está un deseo de saber cualquier cosa y todas las cosas, que es natural —todos nosotros lo tenemos— y que se manifiesta en la curiosidad. Este deseo puede tener expresiones desordenadas, cuando alguien intenta saber lo que no le corresponde saber o no le conviene saber o lo distrae del cumplimiento de un deber. Esto es una curiosidad mala, es el vicio de la curiosidad; pero, en general, el deseo de saber es bueno y se manifiesta ordenadamente en querer conocer cada vez más aquellas cosas que nos haría bien saber, que nos compete saber; por ejemplo, las cuestiones generales sobre la vida y sobre la profesión de cada uno. Immanuel Kant, en el siglo XVIII, también afirma que todo hombre es por naturaleza metafísico.<sup>12</sup> Kant niega la posibilidad de la metafísica en el sentido de conocimiento del ser en sí mismo y sus causas más profundas, del conocimiento de lo que él llama el *noúmeno* o *cosa en sí*;<sup>13</sup> pero no desconoce la experiencia fundamental de la humanidad, que es que queremos conocer las cosas como son y conocer cada vez más e ir más allá de las apariencias y de los fenómenos.

Desde luego, si tomamos esto de ser filósofo por naturaleza como referido al que cultiva una disciplina filosófica especializada, como su profesión académica, en forma erudita, que todo el día lee y medita obras de filosofía,

<sup>9</sup> Cfr. *infra* cap. 39.

<sup>10</sup> Cfr. *Confes.*, X, XXIII, 33 y Juan Pablo II, *Ex Corde Ecclesiae*, §1.

<sup>11</sup> *Met.* I, 1, 980a 20.

<sup>12</sup> Cfr. Melendo, *Introducción a la filosofía*, cit., p. 17.

<sup>13</sup> Cfr. *KrV*, A254/ B310 y ss.

las comenta y las enseña, entonces es falso afirmar que todos los hombres son naturalmente filósofos. Existe ese profesor de filosofía, el investigador profesional de la filosofía, el erudito de la filosofía; pero no todos los hombres lo son, no todos pueden serlo, y, paradójicamente, hay algunos que son eruditos de la filosofía y no son filósofos, y hay auténticos filósofos que no han sido eruditos en la filosofía académica, como Gilbert K. Chesterton.<sup>14</sup> Es duro decirlo, pero es verdad: hay eruditos de la filosofía, que conocen distintas variantes de los textos de Heráclito, de Hume o de Hegel, que dominan toda la discusión filológica que se ha dado acerca de cada párrafo, pero que, por una lamentable corrupción de la admiración filosófica que por primera vez los atrajo hacia ese camino, han dejado de preguntarse sobre la realidad de las cosas, sobre el sentido de la vida y del universo, sobre el bien y el mal. ¿De qué me aprovecha —a mí, a mi alma— conocer todos los textos del mundo y todos los detalles de cada texto y todos los debates eruditos, si pierdo mi conexión con la comprensión más profunda de la realidad, del misterio de la existencia, del enigma de la libertad, del deseo de infinito? Si me pasa eso... dejo de ser amigo de la sabiduría; he cesado de ser filósofo, aunque sea un erudito de la filosofía académica, y domine la técnica de partir un texto en cuatro y un pelo en dos. Gracias a Dios, también son muchos los eruditos especializados en un sector de la filosofía académica, que son, además, verdaderos filósofos, amantes de la sabiduría, como, por ejemplo, John Finnis.<sup>15</sup>

La erudición no es la opción fundamental que propongo, porque, muy legítimamente, no todos se sienten inclinados a ser especialistas en filosofía académica. Aunque quizá alguno sienta que, de estas líneas mal engranadas, salta una chispa que enciende esa inclinación. Mas si no fuere así, ¿significa eso que cabe desoír las voces de estos dos grandes filósofos, de Aristóteles y de Kant, y de muchos otros, que dicen: “Todo hombre desea por naturaleza saber”, y saber cada vez más, o: “Todo hombre es naturalmente

---

<sup>14</sup> G. K. Chesterton (1874-1936). Escritor y periodista británico de inicios del siglo XX. Entre sus obras más notables destacan: *Ortodoxia*; *Lo que está mal en el mundo*; *San Francisco de Asís*; *El hombre que fue jueves* y la saga detectivesca del Padre Brown. Respecto de esta última, Jorge Luis Borges señaló: “Cada una de las piezas de la saga del Padre Brown presenta un misterio, propone explicaciones de tipo demoníaco y mágico y las reemplaza, al fin, con otras que son de este mundo. La maestría no agota la virtud de esas breves ficciones”. Borges, Jorge Luis, *Nueva antología personal*, Madrid, Brujara, 1980, p. 247.

<sup>15</sup> John Finnis (1940-). Filósofo del derecho australiano. Profesor emérito de la Universidad de Oxford y catedrático en la Universidad de Notre Dame. Autor de *Ley natural y derechos naturales* y de *Tomás de Aquino. Teoría moral, política y jurídica*, trad. de Fabio Morales, Santiago, IES, 2019.

metafísico”? No hagamos oídos sordos a esa voz, que es el impulso de la naturaleza y lo natural es seguirlo; lo antinatural es cortarlo, aplastarlo.

Hay una filosofía, por tanto, en un sentido real, vital, no de erudito o especialista, que puede seguir cualquier persona. De hecho, los niños lo hacen. Ellos preguntan “¿Qué es esto?”, “¿Por qué?”. Tantas veces, penosamente, el padre ha dejado de ser filósofo —aunque lo sea por naturaleza—, y le tapa la boca al niño. “Papá, ¿qué es un eclipse?”. “Un eclipse”, responde el padre, “es el oscurecimiento de la tierra durante el día”. “¿Y por qué ocurre el eclipse?”, pregunta el niño. “Bueno, porque la luna se interpone entre el sol y la tierra, y entonces tapa la luz que llega a la tierra”. “Ah... ¿y por qué la luna se interpone entre...?” “¡Ya, déjeme tranquilo, no pregunte tanto!”, termina por exclamar el cariñoso, pero impaciente progenitor. El niño tiene la tendencia filosófica espontánea, que es el preguntar el porqué del porqué del porqué, y todos hemos sido niños. Calicles, en el *Gorgias* —un diálogo de Platón que ha convertido a pragmatistas extremos en filósofos de verdad—, le dice a Sócrates, socarronamente:

[E]stá muy bien ocuparse de la filosofía en la medida en que sirve para la educación, y no es desdoro filosofar mientras se es joven; pero, si cuando uno es ya hombre de edad aún filosofa, el hecho resulta ridículo, Sócrates, y yo experimento la misma impresión ante los que filosofan que ante los que pronuncian mal y jueguean. En efecto, cuando veo jugar y balbucear a un niño que por su edad debe aún hablar así, me causa alegría y me parece gracioso, propio de un ser libre y adecuado a su edad. Al contrario, cuando oigo a un niño pronunciar con claridad me parece algo desagradable, me irrita el oído y lo juzgo propio de un esclavo. En cambio, cuando se oye a un hombre pronunciar mal o se le ve jugando, resulta ridículo, degradado y digno de azotes. Esta misma impresión experimento también respecto a los que filosofan. Ciertamente, viendo la filosofía en un joven me complazco, me parece adecuado y considero que este hombre es un ser libre; por el contrario, el que no filosofa me parece servil e incapaz de estimarse jamás digno de algo bello y generoso. Pero, en cambio, cuando veo a un hombre de edad que aún filosofa y que no renuncia a ello, creo, Sócrates, que este hombre debe ser azotado. Pues, como acabo de decir, le sucede a éste, por bien dotado que esté, que pierde su condición de hombre al huir de los lugares frecuentados de la ciudad y de *las asambleas donde*, como dijo el poeta [Homero, *Iliada* IX 441], *los hombres se hacen ilustres*, y al vivir el resto de su vida oculto en un rincón, susurrando con tres o cuatro jovencuelos, sin decir jamás nada noble, grande y conveniente.<sup>16</sup>

<sup>16</sup> *Gorgias*, 485a-e. Cursivas en el original.

Esa es la forma cínica de despreciar a la filosofía; no es un argumento, sino un ataque o una apelación a la superioridad del hombre maduro sobre el joven inexperto. Obviamente es una burla, y la burla es una de las armas más eficaces para destruir las mentes jóvenes. A Sócrates no le afecta, pero a la gente joven le lanzan una pulla y quizás ya no sólo no se atreven a preguntar, sino ni siquiera a preguntarse las cuestiones fundamentales. Y eso es la destrucción total de la filosofía, en su sentido real, el que más importa, aunque no en su sentido erudito.

Esta es la opción que propongo: la opción por la filosofía real, la del que se pregunta por las explicaciones últimas de las cosas y trata de encontrarlas usando la razón natural. Llegamos así a otra definición clásica de la filosofía: *i*) un conocimiento o ciencia *ii*) acerca de la totalidad de las cosas, *iii*) por sus causas primeras o principios últimos —los más profundos, los más explicativos—, *iv*) adquirido mediante la luz natural de la razón (*i.e.*, sin una revelación divina aceptada por la fe).<sup>17</sup> He aquí los elementos fundamentales de lo que busca quien ha hecho su opción filosófica: lo busca cuando conversa con sus amigos; lo busca cuando pasea; lo busca cuando tiene un tiempo libre, porque trata de ir al fondo de las cosas. En primer lugar, se trata de un verdadero conocimiento, de una ciencia rigurosa que tiene un objeto: la verdad. En segundo lugar, el interés de la filosofía, por así decirlo, es omniabarcante: se extiende a la totalidad de las cosas. No hay nada que quien posee auténtica mentalidad filosófica no procure conocer en profundidad. No hay nada que quede fuera de la filosofía; pero, en tercer lugar, la filosofía no se interesa por los detalles superficiales, por las apariencias, ni por las causas más próximas al fenómeno o a la experiencia, sino que busca los principios últimos, los más explicativos, aquellos a los que se llega al preguntar por el tercer o el cuarto porqué. Otra forma de decirlo es que la filosofía pregunta por las causas primeras. Decir causas últimas y causas primeras es lo mismo, adoptando distintos puntos de vista: a partir del fenómeno que se debe explicar o a partir de las causas que lo explican. Las ciencias particulares también buscan la verdad y un porqué, y en los orígenes del pensamiento sistemático constituían una parte de la filosofía precisamente porque buscaban el porqué. Actualmente, esas ciencias especializadas están como independizadas —relativamente— y buscan una explicación parcial: válida, pero parcial. El filósofo, no: él inquiriere hasta el último porqué. Si pensamos, por ejemplo, en la explicación fisiológica de por qué se produce la muerte de una persona y la contrastamos con la reflexión

<sup>17</sup> Cfr. Artigas, Mariano, *Introducción a la filosofía*, Eunsa, Pamplona, 1995, p. 20.



conmocionada de quien se pregunta por qué ha muerto un padre, una madre, un hijo, un hermano, un amigo, y si cabe o no esperar un encuentro ulterior y trascendente, comprenderemos de inmediato la diferencia de nivel entre la filosofía y la ciencia particular. Por eso todos nosotros podemos ser filósofos, en este sentido real, de fondo, no erudito; pero no todos nosotros podemos ser fisiólogos, físicos nucleares, químicos, psicólogos o médicos. Uno puede cultivar una ciencia particular, como la ciencia del derecho o la psicología, y entonces conocerá infinitos detalles que no es necesario que toda persona conozca; pero, como ser humano, uno busca las explicaciones más profundas de la totalidad, esas que a todos nos afectan, porque son, literalmente, de vida o muerte. Finalmente, en filosofía se trata de buscar esas respuestas a las preguntas fundamentales usando la luz natural de la razón. Esta acotación sobre la razón como fuente e instrumento del saber filosófico es clave, porque hay respuestas que derivan de la fe, por la cual acogemos la verdad contenida en la revelación divina. La divina revelación también da origen a un estudio científico, que se sirve de la filosofía, que es la teología, llamada, con más precisión, teología sobrenatural o teología de la fe, para distinguirla de la teología natural, una parte de la filosofía que estudia a Dios de manera puramente racional.<sup>18</sup> Muchas de las verdades de la fe no se pueden comprobar racionalmente (*v.gr.*, el misterio de la Santísima Trinidad o la Presencia de Cristo en la Eucaristía). La filosofía, en cambio, se refiere a aquello que se puede probar racionalmente y sólo admite como verdad filosófica —sin por eso negar *a priori* las verdades sobrenaturales— aquello que es evidente racionalmente de modo inmediato, sin necesidad de demostración (*v.gr.*, el principio de no contradicción), o que de hecho ha sido racionalmente demostrado (*v.gr.*, que Dios existe o que el hombre goza de libre elección entre alternativas limitadas).<sup>19</sup>

En todos despierta la pregunta filosófica en algún momento, y, a veces, en varios momentos de la vida hay una oportunidad, una nueva oportunidad. Hay algunas experiencias que desencadenan el acto filosófico.<sup>20</sup> A pesar de que normalmente uno esté dedicado a actividades poco profundas —a lo que se llama el mundo del trabajo, la vida cotidiana—, de repente

<sup>18</sup> *Cfr. infra* caps. 37 a 40.

<sup>19</sup> *Cfr.* Maritain, Jacques, *Introducción a la filosofía*, trad. de Leandro de Sesna, Buenos Aires, Club de Lectores, 1948, pp. 81-108, y Millán Puelles, Antonio, *Fundamentos de filosofía*, *cit.*, pp. 40-54.

<sup>20</sup> *Cfr.* Pieper, Josef, *El ocio y la vida intelectual*, trad. de Alberto Pérez Masegosa *et al.*, Madrid, Rialp, 1962, p. 86. Véase también Millán Puelles, Antonio, *Fundamentos de filosofía*, *cit.*, pp. 26-31.



ocurren cosas que nos sacan un poco de esa cotidianidad y nos llevan a preguntarnos por las causas más profundas, por el porqué, el qué hago con mi vida. Hace años me contaba un amigo que, en un momento de su juventud, poco después de los veinte años, de repente, como que le cayó un rayo y se dijo: “Pero, ¿qué estoy haciendo? ¡Estoy perdiendo mi vida!”. Estaba metido en todo tipo de vicios. Una persona, de repente, tiene la buena oportunidad —quizás única, quizás irreplicable— de darse cuenta de que se está yendo hacia abajo por un abismo. Y este tuvo la buena suerte de tener una experiencia filosófica, de detenerse un momento a pensar: “¿Por dónde me voy en este instante?”. Ese es un caso extraño, porque fue a propósito de nada, aparentemente. En cambio, hay casos que son corrientes, en el sentido de que les ocurren a todas las personas prácticamente, aunque no con mucha frecuencia. Es lo que Aristóteles llama el origen de la filosofía —su origen psicológico en cada persona, no su origen histórico— en la admiración, el asombro, ante algo que acontece. Aquí no tomamos la palabra “admiración” en el sentido restringido que normalmente tiene en español, como el ver algo que nos parece excelente y que provoca en nosotros la alabanza, como cuando uno admira una obra de arte. No, sino que tiene ese sentido más bien de experimentar una conmoción, de maravillarse, asombrarse, desconcertarse y, por eso, comenzar a hacerse preguntas de fondo: avanzar precisamente hacia esas cuestiones que el diario trajín aparta de nuestra mirada interior.

La primera de esas experiencias es la muerte.<sup>21</sup> ¡Nosotros no estamos hechos para morirnos! Esto lo sabemos por la fe; pero, por la simple experiencia humana —sin fe: basta con no ser un autómatas—, nos damos cuenta del trauma que significa la muerte, y la muerte de un ser querido, la muerte de un hermano, o la muerte de uno de los padres o la muerte de un abuelo o una abuela que han sido muy cercanos, es algo que, cuando se produce —a la edad que sea— hace que la persona piense en lo que va más allá de la vida cotidiana. Si va al funeral, no se va a sentar casi a las afueras de la iglesia; no se va a poner atrás para poder salir a fumar mientras suceden unos ritos ante el cadáver de la señora o del niño. Quien hace eso —lo he visto algunas veces— va para cumplir un trámite social: no le afecta para nada esa muerte. Si a uno le afecta esa muerte, se sienta más adelante —los más cercanos, cerca del altar—; atiende a lo que dice el sacerdote, incluso cuando no comparte la fe del difunto. Entonces uno ha de pensar: ¿es esto verdad? ¿O es un cuento de curas, un consuelo fácil, un invento psicológico,

<sup>21</sup> Cfr. Pieper, *El ocio y la vida intelectual*, cit., p. 86.

un recurso mítico terapéutico? La muerte gatilla preguntas importantes y las personas comienzan a buscar respuestas, a pensar por sí mismas, incluso —los que tienen fe— a ir más allá de lo que la fe les dice.

La segunda experiencia que despierta profundidades filosóficas es el amor, incluso cuando se lo experimenta en sus estadios iniciales y más sensibles, como enamoramiento.<sup>22</sup> José Ortega y Gasset definía al enamoramiento como “un fenómeno de la atención, un estado anómalo de ella que en el hombre normal se produce”.<sup>23</sup> Definitivamente, cuando uno se enamora, la atención está alterada; ya no está uniformemente distribuida sobre todas las actividades ordinarias del día, sino que está perturbada, concentrada en un solo objeto de manera preferente y hasta exclusiva. El enamoramiento también despierta preguntas, la búsqueda de respuestas. Por ejemplo, ¿cómo compatibilizo esta sensación de eternidad que está en el enamoramiento, la íntima convicción de que esto es para siempre, con el conocimiento racional, fundado sólidamente en lo que he visto mil veces, de que el amor no es eterno? ¿O quizá sí lo es, sólo que a mucha gente no le resulta el empeño por eternizar el amor? Hemos de pensarlo. Hay gente que se compromete con la persona amada, de por vida. Y, entonces, aparte de pensar el amor, ¿no significa, ese compromiso, que debemos pensar también la libertad? ¿Somos capaces de un compromiso así de radical: contigo hasta la eternidad, aunque te enfermes y enloquezcas, aunque te deprimas o te empobrezcas, aunque me seas infiel una y mil veces, aunque envejezcas y engordes? ¿O no? ¿O nos engañamos cuando nos comprometemos de esa forma? ¿Qué tan libres somos realmente? Todo esto hay que pensarlo a propósito, simplemente, de que los seres humanos nos enamoramos, y llegamos a creer y a sentir que hemos nacido para amar. ¿Será verdad? El auténtico filósofo no lo duda, pero tampoco deja de preguntarse, de ir al fondo del asunto, de explorar los límites del amor y de la ilusión.

Hace años pregunté a un curso en pleno si alguno no había tenido esta experiencia del amor. Y hubo un hombre que levantó la mano, a pesar de tener ya dieciocho años. “¡Lo lamento infinitamente”, le dije, “tiene usted dieciocho años y... ¿nunca ha estado enamorado? ¿De nadie? ¿Ni siquiera una semana? ¡Pobre hombre!”. Nunca más haré esa pregunta indiscreta y cruel. Si a alguien le pasa, todavía no le ha llegado el momento de la maduración ni quizá de un acto filosófico fundamental, que es impulsado por

<sup>22</sup> Cfr. Pieper, *El ocio y la vida intelectual*, cit., pp. 86, 294-299 y 309-317.

<sup>23</sup> Ortega y Gasset, José, “Amor en Stendhal”, en *Obras completas*, Madrid, Revista de Occidente, 1947, vol. 5, p. 573.

una experiencia profunda y conmovedora. Son las dos grandes experiencias centrales de la humanidad: el amor y la muerte. Los más sublimes poemas, y los más populares, son sobre el amor y sobre la muerte.

Mas hay otras experiencias que conmocionan: quizá la desesperación, el júbilo, el aburrimiento, como cree Heidegger;<sup>24</sup> ciertamente el gozo ante la belleza y el arte, y la simple admiración por el cómo ocurren las cosas. El afán científico llega a un momento en que topa con la filosofía. Durante toda la historia de la humanidad, las personas buscan estas respuestas. Algunos dedican más tiempo a reflexionar sobre estas cuestiones, pero todos las buscan y todos necesitan la filosofía, de alguna manera. Esas ideas, alumbradas por los filósofos, se difunden después a toda la humanidad. Por eso, estamos ante una opción. O asumir una filosofía consciente, crítica, pensadamente, o vivir en la inconsciencia filosófica. No es que quienes no optan por la filosofía reflexiva y explícita no tengan ideas filosóficas en su cabeza, sino que van a tener esas ideas sin saber de dónde vienen, sin haber hecho el ejercicio crítico de confrontar unas ideas con otras. Van a ser parte de esa masa manipulable, que por desgracia existe, que oye un buen discurso y va para allá; oye un discurso contrario y va para el otro lado. No vamos a encontrar a ninguna persona en el planeta que no tenga una filosofía. Vamos a encontrar personas que reflexionan, que estudian, que se ponen en contacto con las fuentes más profundas, con esos gigantes sobre cuyos hombros nos podemos empinar nosotros, según la feliz comparación que Juan de Salisbury atribuye a su maestro Bernardo de Chartres: “Decía Bernardo de Chartres que nosotros somos como enanos montados a hombros de gigantes, para que podamos ver más cosas y más lejanas que ellos, no ciertamente porque tengamos una vista más aguda, ni un cuerpo más elevado, sino porque somos transportados y elevados a lo alto de una estatura gigantesca”.<sup>25</sup> O bien, a la inversa, vamos a descubrir, por desgracia, a esas otras personas que un día piensan una cosa y al otro la contraria, que creen lo que dijo un

---

<sup>24</sup> Cfr. Heidegger, Martin, *Introducción a la Metafísica*, trad. de Emilio Estú, Buenos Aires, Nova, 1959, pp. 39 y 40.

<sup>25</sup> Salisbury, Juan de, *Metalogicus*, III, 4, en Saresberiensis, Ioannis, *Policraticus sive De nugis Curialium, et vestigiis Philosophorum*, libri octo. Accedit huic editioni eiusdem *Metalogicus*, Ex Officina Ioannis Maire, Lugduni Batavorum, CID IDC XXXIX [1639], libro III, capítulo 4, pp. 855-856. Trad. del latín es mía. Puede verse la versión inglesa en John, of Salisbury, Bishop of Chartres, d. 1180, and Daniel D McGarry, *The Metalogicon of John of Salisbury: a Twelfth-century Defense of the Verbal And Logical Arts of the Trivium*. University of California Press, Berkeley, 1955. Sobre Juan de Salisbury, véase Ladero, Miguel Ángel, “Introducción” a John de Salisbury, *Policraticus*, Madrid, Editora Nacional, 1983.

comentarista en la radio en la mañana y en la noche ya adoptan la opinión contradictoria, lo que acaba de gritar un personaje de la farándula. Este es el hombre masa, el sujeto inconsciente, el individuo que piensa como piensan todos porque nunca piensa nada. Son gigantes atados al suelo por una multitud de enanos.

Y esta es la primera alternativa que pongo ante los ojos del comprensivo lector. Espero que reflexione, y que adopte, en efecto, la opción filosófica. En realidad, ya está perdido: si sigue leyendo, la opción ya está hecha, aunque no sea irrevocable.